

Alcayaga en la Universidad

Y el heterodoxo, el irreverente, el rompedor de esquemas, Arturo Alcayaga Vicuña, "poeta, médico y loco", como alguna vez él mismo se nombró, el perfecto mal hablado, el inacadémico, ha sido recibido por la universidad y ubicado junto a los grandes.

Por obra de Allan Browne y Ennio Moltedo, artistas de excepción, la obra de Alcayaga, que todavía muchos consideran una mera extravagancia, ha quedado señalada en uno de los "Breviarios de Valparaíso Regional" que, desde la Universidad de Valparaíso, vuelan llevando el nombre de la ciudad hacia todos los puntos cardinales.

Y en estos momentos la imaginación apunta hacia la tertulia que, día a día, por largos años, tuvo lugar en la librería El Pensamiento, y en donde Alcayaga oficiaba, especialmente los viernes por la tarde, haciendo uso de todos sus poderes.

Esa librería era el molino de viento que Luis Ortés echaba a andar cada mañana, levantando la cortina al nuevo día, con buena cara al mal tiempo, según lo ha dicho el más acertado de sus cronistas, Carlos León Pezoa.

Allí resurgía cotidianamente un espacio sin límites adonde acudían todos aquellos que, abrumados por la ciudad negociosa, trepidante y penúltima, necesitaban de algún modo reconocerse.

Y allí estaba Alcayaga. Allí estaban también sus libros de extraños nombres, palabras y tipografías, como un reto al ciudadano común. Allí se revelaba Alcayaga como poeta del supercosmos, como poeta del aún, del mañana y del jamás. Su épica iba dirigida hacia aquello que, inevitablemente, se nos escapa: el drama mayor, el misterio de la Creación, la dinámica incomprensible y oculta de los Altos Poderes.

Alguna vez Alcayaga, en esa tertulia, intentó explicar su poesía, pero en verdad su obra no requiere esclarecimiento.

Como quizás él mismo habría dicho, sus papeles están más allá "de la esmeralda y la razón"; son oscuros pero a la vez vivos, radiantes, deslumbrantes.

El "Breviario" que recoge hoy un fragmento de su obra es una señal de los directores de la colección: una señal que indica una creación singular y valiosa que aún necesita tiempo de espera: Deberá esperar más lectores atentos que los que hoy tiene.

Deberá esperar el hallazgo de un último libro perdido, que lleva el nombre de "Apagalucero del Jamás".

Deberá esperar un cierto "trabajo": la poesía de Alcayaga es ambiciosa, torrencial, galáctica. Por eso mismo se defiende de sus lectores, y se resiste a la vez exige una antología. En el futuro habrá que seleccionar de ese magma ciertas líneas, ciertos textos, para presentar de modo más accesible, esta epopeya metafísica que comenzó hace 50 años y concluyó con el ya citado "Apaga-



Arturo Alcayaga, "payaso - retrato", por Allan Browne.

lucero del Jamás", hace diez años, junto con la partida del poeta.

Habrà que proceder tal como se hace con los largos y antiguos cantares épicos que se niegan hoy a una lectura continuada y total, y necesitan una suerte de selección contemporánea. Y quizás, paralelamente, y con pareja dedicación, habrá que escribir la biografía que Alcayaga pensó y de la que dejó sólo un título decididamente orientador: "De médico domiciliario a barrabás universal".

Arturo Alcayaga, atizador de estrellas, artista que "entre la nube y la estatua votaba por la nube", ha dejado una obra singular que sin urgencia, como bañada por el lentísimo tiempo cósmico, aguarda a quienes se atreven a ser sus arriesgados exploradores.

Sus páginas, volcadas hacia los últimos misterios remecan intensamente nuestra esperanza.

Antonio Pedrals